

## Victoria Díez: deseo de santidad y pasión por la evangelización

*Homilía del obispo de Córdoba, Mons. Juan José Asenjo, en la clausura del Año Centenario del nacimiento de Victoria Díez*

**Hech 7,55-60; Sal 125; Jn 17,11b-19**

1. Comienzo mis palabras, queridos hermanos y hermanas, manifestándoos mi alegría por presidir esta Eucaristía que clausura las celebraciones del Centenario del nacimiento de la Beata Victoria Díez y Bustos de Molina, miembro de la Institución Teresiana y mártir de Jesucristo. En esta tarde, la Directora General, el equipo de gobierno y los miembros de la Institución, sus cooperadores y amigos, los sacerdotes y el Obispo de la Diócesis en la que se santificó y a la que sirvió, damos gracias a Dios por su vida, por su muerte martirial y por el testimonio de su santidad, reconocida oficialmente por la Iglesia.

En esta tarde, alabamos a Dios, que es en último término el origen y causa de la santidad de los mejores hijos de la Iglesia. En las vidas de los santos brilla la bondad y la fidelidad de Dios que robustece con la fuerza de su gracia la fragilidad humana. Este es el caso de Victoria. En su vida admirable se manifiesta el triunfo de la gracia sobre la debilidad que ella tantas veces sintió, experimentando al mismo tiempo el poder de Dios, hasta poder exclamar con San Pablo: *"Todo lo puedo en aquel que me conforta"* (Fl 4,13). Por ello, en esta Eucaristía damos honra y gloria a Cristo, *"corona de los mártires, de los confesores y de las vírgenes"* y, por Él, al Padre que es *"admirable siempre en sus santos"*.

2. La Beata Victoria Díez nació en Sevilla el 11 de noviembre de 1903 y sufrió el martirio a causa de la fe en Homachuelos el 12 de agosto de 1936. Entre esas dos fechas, a las que podríamos añadir el año 1925, en que conoce la Institución Teresiana, el 9 de julio de 1932, fecha de su compromiso definitivo con la Institución, y el 10 de octubre de 1993, fecha de su beatificación por el Papa Juan Pablo II, se inscribe una de las biografías más atractivas, sugerentes y generosas de la historia moderna de la Iglesia.

De su figura podríamos destacar en esta tarde, entre otros muchos valores, su alegre jovialidad y simpatía, su fina pedagogía, su amor a la enseñanza, su entrega sin descanso a la formación humana y cristiana de sus alumnas, su afinidad con la belleza y sus excelentes dotes artísticas, su extraordinario equilibrio psicológico, su hondura espiritual y su amor a la Iglesia. Yo quisiera subrayar, sobre todo, su amor a Jesucristo y su seria determinación para aspirar a la santidad, verdadera clave de su vida de maestra cristiana, culminada con la ofrenda de su vida. Quisiera subrayar además otra faceta de Victoria, su pasión por la evangelización.

Esta tarde, la vida, la muerte martirial y los escritos de Victoria nos recuerdan a todos, y en primer lugar a los miembros de la Institución fundada por San Pedro Poveda, una verdad fundamental declarada por la Iglesia y vivida por ella: la llamada universal a la santidad. Todos, sacerdotes y laicos, matrimonios, jóvenes y mayores, estamos llamados a la santidad. Todos estamos llamados a participar de la vida y santidad del Padre, que nos ha engendrado, santidad que nos ha merecido Jesucristo, el Hijo, con su sacrificio redentor, santidad que es el mismo Espíritu Santo, recibido como huésped y como don en nuestras almas.

3. La santidad es la única vocación del hombre. No hay otra vocación, ni tenemos otra tarea mejor que realizar en la tierra. Todo para ser santos... Todo para glorificar al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. La santidad, y de ello Victoria es testigo privilegiado, no consiste en hacer cosas raras o extravagantes. La santidad consiste en la participación en la santidad del mismo Dios. Esto es lo realmente raro, lo realmente asombroso: que Dios quiere compartir su santidad inmensa con sus criaturas, que Dios quiere hacer gustar a su criatura de la comunión plena con Él.

La Beata Victoria Díez nunca renunció al deseo de vivir la santidad. No se conformó con mediocridades, porque estaba convencida de que el amor de Dios es inmensamente más fuerte y abundante que la debilidad humana. Ella conoció el amor de Dios y creyó en él más que en sus propias fuerzas. Quiso entregarse totalmente a Cristo, porque Cristo se le había entregado totalmente a ella. Confió en el Espíritu Santo y procuró secundar sus inspiraciones. Amó a la Iglesia con hondura. Quiso ser testigo hasta el derramamiento de su sangre de un amor que convence a otros, un amor que salva a muchedumbres...

4. Sus escritos dan testimonio de su vivencia gozosa del amor de Dios, de su intensa vida de oración y de su relación profunda con las tres divinas personas, con el Dios actuante, amoroso y salvador, que puede y quiere hacernos santos. Dan testimonio también de su humildad sencilla, de su libertad de espíritu sin cálculos ni condicionamientos, de su alejamiento de la mediocridad y de la rutina, de su radicalidad que apuntaba siempre a lo más, de su recia austeridad, de su fe hecha vida, antes que concepto o doctrina, de su generosidad suprema en el servicio a la Iglesia y a sus alumnas.

Al recordar en esta tarde la vida y la figura de la Beata Victoria Díez, resuena con especial intensidad para nosotros lo que ella seguramente escuchó tantas veces de labios de Jesús en la oración y lo que tanto deseó para sí misma y para todas las personas encomendadas a su cuidado: "*Sed santos porque vuestro Padre celestial es Santo!*". Efectivamente Dios es la única causa y fuente de la santidad. Dios es quien quiere que seamos santos y es Él quien quiere hacernos santos con su gracia. No somos nosotros, ni son nuestras solas fuerzas. La iniciativa y el poder son suyos. Sólo Dios es Santo. Sólo Dios es quien santifica con su gracia.

5. He aludido hace unos momentos a la pasión de Victoria por la evangelización. Vive esa pasión con las niñas de sus escuelas de Cheles y Homachuelos y sus familias, con las jóvenes de Acción Católica en sus círculos de estudio, formando buenos catequistas y colaborando con los sacerdotes en las tareas apostólicas. Victoria se sabe llamada a una colaboración activa, hecha palabra y testimonio, en la misión de Cristo y de la Iglesia. "*Quién estando llena de Jesucristo, -afirma en una charla dirigida en 1930 a las jóvenes de Acción Católica de Homachuelos- quién conociéndole y amándolo, no siente arder en su pecho la llama del cielo, no se siente arrastrada a trabajar por las almas en este campo de la Iglesia Católica?*".

La renovación del compromiso apostólico de los laicos es una de las primeras urgencias de la Iglesia en esta hora. En la homilía de aquella Eucaristía inolvidable de la canonización de San Pedro Poveda el 4 de mayo en la plaza de Colón de Madrid, nos dijo el Santo Padre que "*el compromiso de la nueva evangelización... es tarea de todos. En ella los laicos tienen un papel protagonista, especialmente los matrimonios y las familias cristianas*". Hoy más que nunca necesitamos en España un catolicismo verdaderamente militante, no en un sentido bélico y agresivo, sino en el sentido más noble de la expresión, es decir un catolicismo activo, con una implantación fuerte, significativa y evangelizadora, en la vida pública, bien formado, comprometido en las tareas eclesiales, dinámico, con empuje apostólico y presente sin complejos en todos los ámbitos de la sociedad. Hoy más que nunca nuestra Iglesia necesita hombres y mujeres confesantes, hombres y mujeres de fe honda y de una vida espiritual recia y profunda que lleven, como Victoria, su compromiso cristiano al mundo de la enseñanza, de la cultura y del arte, al mundo universitario, al mundo de los partidos y de la acción política, de la economía, de la acción sindical, al mundo del ocio y de los Medios de comunicación social para orientar estas realidades temporales según el corazón de Dios.

6. Si la Iglesia vive para evangelizar, nuestra razón de ser no puede ser otra que el anuncio explícito e implícito de Jesucristo vivo, único salvador y redentor, único camino, verdad y vida para el hombre. En un

mundo como el nuestro, en el que tantos hombres y mujeres han perdido las referencias religiosas y la experiencia de Dios; en un mundo como el nuestro, en el que la secularización ha ido ganando espacios con una velocidad de vértigo y en el que Dios ha desaparecido del horizonte de la vida diaria para tantos contemporáneos nuestros, no tenemos tiempo que perder. Nada necesita nuestro mundo con más urgencia que a Jesucristo, el único que puede dar respuesta a los grandes problemas del mundo, la injusticia, la insolidaridad, las desigualdades entre el hemisferio norte y el hemisferio sur, la violencia, el terrorismo, la soledad y la angustia de tantos hermanos y hermanas nuestros.

Os repito que nada necesita nuestro mundo con más urgencia que a Jesucristo, fuente de sentido para el hombre, única esperanza para el mundo y nuestra única posible plenitud. La evangelización no admite dilaciones ni esperas, una evangelización con impronta misionera, es decir, que salga a las afueras para buscar a los alejados y a los que se han marchado; una evangelización que anuncie el Evangelio en toda su belleza y radicalidad, sin rebajas ni mutilaciones, ni acomodaciones y acomplejadas y timoratas a la nueva cultura para no hacerlo repulsivo.

**7.** La biografía de la Beata Victoria Díez sugiere con mucha nitidez el perfil apostólico del laico, que para evangelizar, debe antes estar evangelizado. Es necesario que el apóstol laico esté convertido, que reconozca a Jesucristo como su único Señor y que aspire seriamente a la santidad. Debe sentirlo vivo y cercano, cultivar su amistad, crecer en su intimidad, sentir la experiencia de Dios en la escucha de su Palabra, en la oración y en la recepción frecuente de los sacramentos, especialmente de la penitencia y de la eucaristía.

La experiencia de Dios nunca disimulada, traducida en actitudes de esperanza y confianza en Jesucristo, Señor de la Historia, necesita de la formación y de la profundización en los misterios de nuestra fe. Necesita también del complemento de la vida fraterna. El apóstol laico no es una isla, un solitario, sino un solidario, un hermano; sabe trabajar en equipo, busca la comunión y la comunicación con todos, sobre todo con sus hermanos cristianos, con los sacerdotes, con la parroquia, con la Diócesis y con el Obispo, con todos lo que buscan el Reino de Dios. No es indiferente a ninguna necesidad y dobla y vive con los ojos bien abiertos a las necesidades de los más pobres. Nunca separa la comunión con Cristo, de la comunión con sus hermanos, siempre animado por la fuerza de Jesucristo muerto y resucitado, que le comunica su Espíritu.

**8.** La Eucaristía que estamos celebrando, misterio del Cuerpo entregado y de la Sangre derramada, nos alienta a contemplar la santidad encarnada en Cristo y participada en la vida Victoria. El testimonio de su vida nos invita a deseársela y buscarla para ser fieles al Señor. Esa santidad no es imposible. Jesucristo nos ha llamado a ella y nos ha dado su Espíritu que nos capacita para responder. Es el mismo Espíritu que nos alienta a anunciar a Jesucristo en todos los ambientes en que se entreteje nuestra existencia y a compartir con nuestros hermanos nuestro mejor tesoro, el Señor, razón de nuestras vidas. Nos anima en este compromiso el testimonio de Victoria Díez. Que su intercesión por todos nosotros y, sobre todo, la intercesión poderosa de la Santísima Virgen, a la que Victoria profesó siempre una devoción filial, tierna y entrañable, que de mil formas quiso inculcar a sus alumnas, nos ayude a todos a vivir con alegría y sencillez la pasión por el Señor y la pasión por darlo a conocer. Así sea.

+Juan José Asenjo Pelegrina  
Obispo de Córdoba  
Catedral de Córdoba, 8, X, 2004